

# PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 14 DE DICIEMBRE DE 1882.

NÚM. 46.

## SUMARIO.

1. Traje de faya.—2. Traje de terciopelo y faya.—3. Traje para niñas de 6 á 8 años.—4. Tira de aplicación de tul sobre tul.—5. Encaje de guipur de arte.—6. Bordado de trencilla.—7. Cubo japonés.—8 y 9. Cuello en pié y cuello amazón.—10. Cuna para muñecas.—11. Espejo para muñecas.—12. Armario de muñeca.—13. Muebles para muñecas.—14 y 15. Matinée de paño eléctrico.—16. Esclavina de pieles.—17. Traje de viaje y de mañana.—18 y 19. Vestido de viaje.—20 y 21. Dos manguitos.—22 y 23. Matinée de lana blanca.—24 y 25. Matinée de paño eléctrico.—26. Sombrero Reynold.—27 y 28. Traje de visita y de paseo.—29. Traje azul.—30. Traje encarnado.—31. Traje para niños de 10 años.—32. Traje de banquete.—33. Confeccion de terciopelo.

Explicacion de los grabados.—Castillos en el aire (conclusion), por D. E. de Lustonó.—La Vida Real: Apuntes para un libro (continuacion), por D.<sup>a</sup> María del Pilar Sinués.—Angeles y brujas (relacion infantil), por D. J. Ortega Munilla.—Revista de Modas, por V. de Castellido.—Explicacion del figurin iluminado.—Pequeña gaceta parisiense.—Suelos.

### Traje de faya.—Núm. 1.

Este traje es de faya color de vino de Burdeos. El corpiño, con *paniers*, forma por delante una punta muy pronunciada. Va abierto en el pecho, sobre un chaleco de cuello en pié y chorrera de encaje crudo. La túnica va recogida por detras. La falda va guarnecida de un tableado formando volante en su base, de un bullon, un volante fruncido y otro volante plegado.

### Traje de terciopelo y faya.—Núm. 2.

Es de terciopelo marron Vandycck y faya color de tabaco. La levita es de terciopelo, y va guarnecida de una solapa bordada de color de oro antiguo, y un peto bullonado y adornado con dos brandeburgos. La túnica es redonda y va recogida en *pouf* por detras entre los faldones de la levita. La falda va guarnecida de dos *paniers* bajo la túnica, de un bias muy ancho de terciopelo y de tres volantes plegados de faya.

### Traje para niñas de 6 á 8 años.—Núm. 3.

Este traje es de cachemir color bronce y raso encarnado. El chaqué, con esclavina, forma punta en la parte inferior de la espalda, con un lazo grande de raso. La esclavina va ribeteada de tres bieses, así como el contorno del chaqué. La falda va guarnecida de un rizado y de dos volantes tableados.



1.—Traje de faya.

2.—Traje de terciopelo y faya.

3.—Traje para niñas de 6 á 8 años.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

**Tira de aplicacion de tul sobre tul.—N.º 4.**

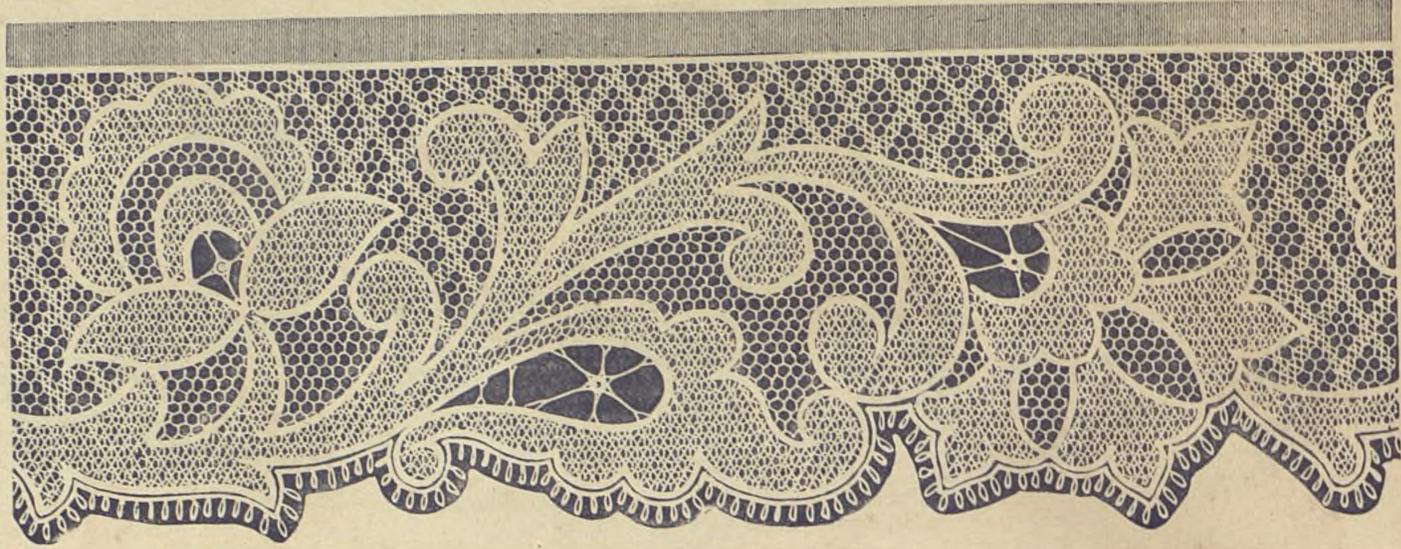
Las aplicaciones de tul van rodeadas de un torzal. Los losanques van bordados al punto de zurcido sobre el tul mismo, con un hilo especial.

**Encaje de guipur de arte.—Núm. 5.**

Para ejecutar este encaje hay que hacer primero, ó comprarla, una tira de red de 7 mallas de ancho, sobre la cual se hace el bordado con hilo, que debe ser del mismo grueso que el empleado para la red.

**Bordado de trencilla.—Núm. 6.**

Sirve este bordado



4.—Tira de aplicacion de tul sobre tul.

agujeritos ovalados, que marcan la línea sobre la cual la cartulina va doblada. Se juntan los pedazos correspondientes, y se les reune pasando una hebra de seda de color por los agujeros. Las líneas sobre el papel doblado van bordadas de la misma seda. El canapé, las sillas, el taburete, el armario y el espejo van ejecutados del mismo modo. El almohadon, puesto sobre el canapé, va hecho de raso gris plata, con aplicaciones de terciopelo de color vivo, fijadas sobre el fondo al punto de

tos á cada lado, por los cuales pasan los chorros de agua y de vapor que caen constantemente sobre la ropa y la lavan en ménos de media hora; despues de lo cual no hay más que aclararla.

**Cuello en pié y cuello amazona.—Núms. 8 y 9.**

Para la explicacion y patrones de estos cuellos, véase el núm. III, figs. 11 á 13 de la Hoja-Suplemento al presente número.

**Cuna para muñecas.—Núm. 10.**

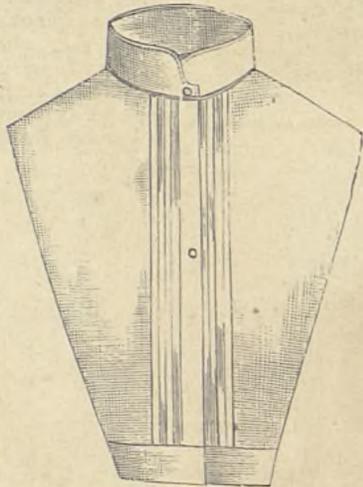
Esta cuna es de mimbre barnizado, y va guarnecida de cortinas exteriores blancas con motitas azules, y cortinas interiores de muselina blanca con adornos de

encaje. Un lazo de cinta de raso azul corona el cortinaje.

**Muebles para muñecas.—Núms. 11 á 13.**

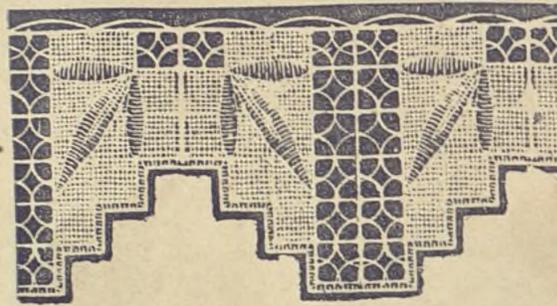
Nuestros dibujos representan los muebles de un dormitorio de muñecas, ejecutados de cartulina. La ejecucion de estos muebles es tan fácil, que todas las madres y hermanas mayores pueden prepararlos y adornarlos.

La mesa es de una sola pieza, piés y tablero. El contorno del tablero va guarnecido de agujeritos redondos. Sobre el borde superior de la parte de debajo se hacen otros tantos agujeros. Ademas, esta misma parte va guarnecida de



8.—Cuello en pié.

(Explic. y pat., núm. III, figs. 11 á 13 de la Hoja-Suplemento.)



5.—Encaje de guipur de arte.

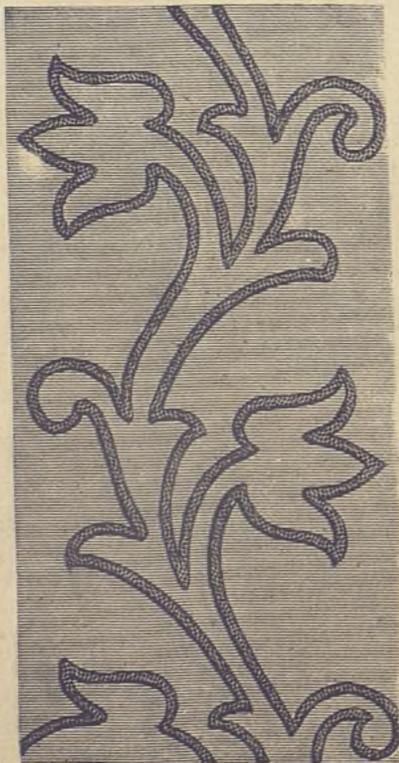


9.—Cuello amazona. (Véase el dibujo 8.)

para vestidos, confecciones y chaqués, y se le ejecuta con trencilla negra ó del color de la prenda.

**Cubo japonés.—Núm. 7.**

Este cubo, llamado japonés, está destinado á prestar grandes servicios á las familias. Por medio de un mecanismo ingenioso, y colocado sobre una hornilla cualquiera, *cuela y lava la ropa de casa*, y en particular la de los niños, en veinticinco minutos, sin que sea necesario tocarla. La barrita trasversal que se ve en lo alto del cubo tiene unos agujeri-



6.—Bordado de trencilla.



10.—Cuna para muñecas.



7.—Cubo japonés.

feston, ejecutado con seda del mismo color. El mismo feston sobre el contorno del almohadon.

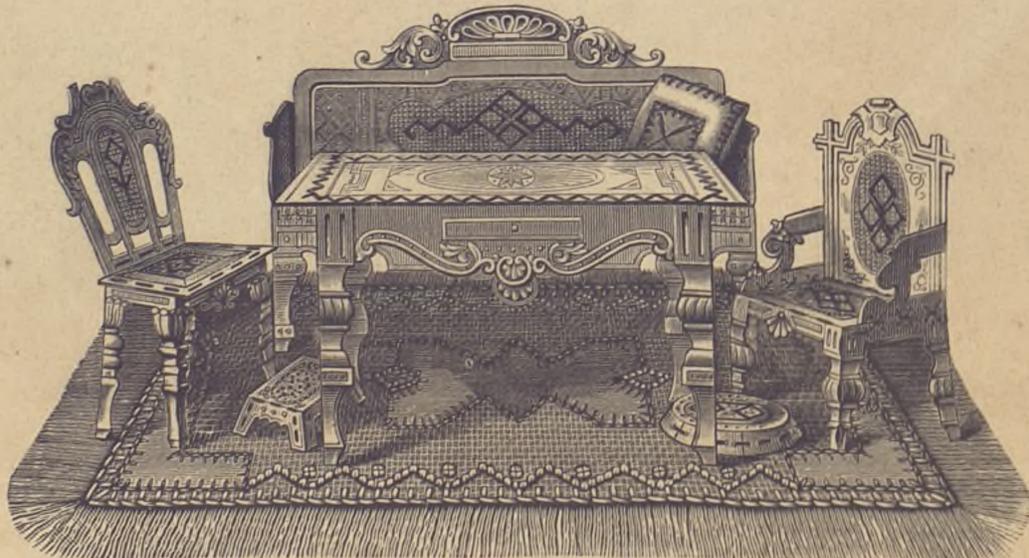
La alfombra es de cañamazo de lana gris, y va adornada en medio y en los ángulos con aplicaciones de terciopelo. Dibujo bordado al punto de cruz. El contorno deshilachado forma un fleco.

**Matinée de paño eléctrico.—Núms. 14 y 15.**

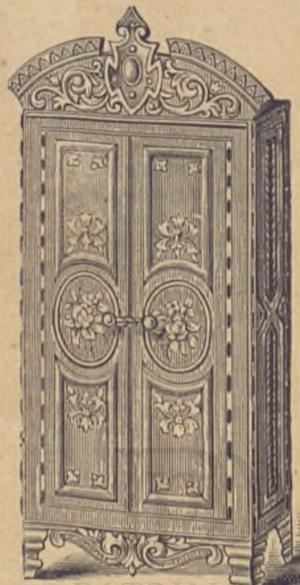
Cuello húngaro. Adorno de ricas aplicaciones de bordado de felpilla color de fuego, dibujos antiguos. Feston en el contorno.



11.—Espejo para muñecas.



13.—Muebles para muñecas.



12.—Armario de muñeca.

Esclavina de pieles.  
Núm. 16.

Esta esclavina, de forma llamada de «cochero», es de nütria de mar.

Traje de viaje y de mañana.—Núm. 17.

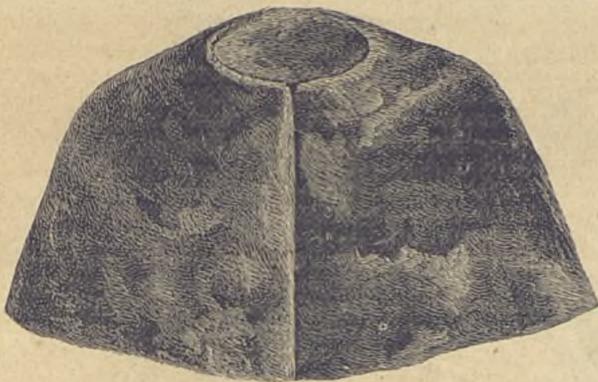
Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, figs. 17 á 26 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de viaje.  
Núms. 18 y 19.

Es de paño ó vigoña azul eléctrico, guarnecido de paño-cuero. Este vestido princesa, enteramente ajustado, cae formando dientes sobre un bajo de falda con fuelles plegados. El corpiño se abrocha con seis correitas de paño-cuero con hebillas. El cinturón es también de cuero, y va abrochado con una hebilla. La esclavina, corta, con forro y vivos de cuero, forma vueltas respunteadas.



14.—Matinée de paño eléctrico. Espalda.



16.—Esclavina de pieles.

Dos manguitos.—Núms. 20 y 21.

El dibujo 20 es de nütria marina, y el dibujo 21, de nütria del Kamschatka.

Matinée de lana blanca.—Núms. 22 y 23.

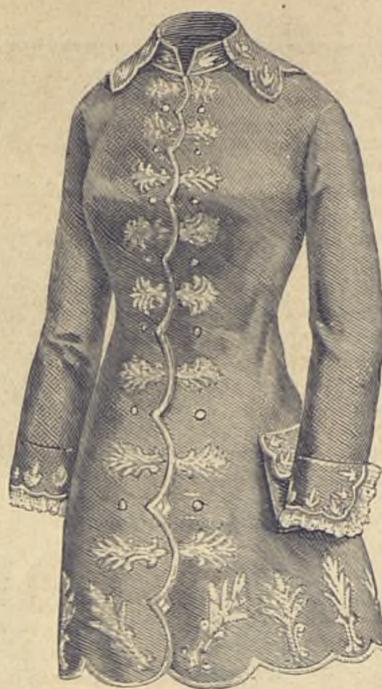
Para la explicacion y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 6 de la *Hoja-Suplemento*.

Matinée de paño eléctrico.—Núms. 24 y 25.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II, figs. 7 á 10 de la *Hoja-Suplemento*.

Sombrero Reynold.—Núm. 26.

Es de fieltro ó terciopelo, guarnecido de una pluma larga, varias plumas cortas y lazos de cinta.



15.—Matinée de paño eléctrico. Delantero.

Traje de visita y de paseo.  
Núms. 27 y 28.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figuras 14 á 16 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje azul.  
Núm. 29.

Es de terciopelo otomano azul y terciopelo listado. El bajo de la falda va plegado, y por encima van tres bandas plegadas de terciopelo otomano. Corpiño de terciopelo listado, con aldetas dentadas medio ocultas por las bandas.

Traje encarnado.  
Núm. 30.

Vestido de terciopelo otomano encarnado. Cola lisa con una banda ancha recogida muy alto, y cordonadura en el costado. Corpiño princesa formando los *paniers*. Falda de brocado.



17.—Traje de viaje y de mañana.  
(Explic. y pat., núm. V, figs. 17 á 26 de la *Hoja-Suplemento*.)

18 y 19.—Vestido de viaje. Espalda y delantero.

Traje para niños de 10 años. Núm. 31.

Traje de oficial de marina, de paño azul. Calzon sujeto bajo la rodilla. Chaqueton largo, abrochado con dos hileras de botones. Vivos de crin blanca en el contorno. En el brazo, ancla de crin blanca. Gorra azul, guarnecida de un galon de oro y un ancla.

Traje de banquete — Núm. 32.

Vestido de terciopelo granate. El corpiño, en punta por delante y postillon por detras, lleva un cuello recto adornado con dos golpes de pasamanería verde. Guarnicion de encaje en forma de abanico. La falda, de cola, es plana por delante y va recortada en cuadro por cada lado, con un paño recto adornado de pasamanería. La cola va recortada en medio, para dejar ver una guarnicion de raso bordado. La parte inferior de la falda va adornada de aplicaciones de pliegues triples de terciopelo. A la cabeza de cada pliegue va un golpe de pasamanería.



20 — Manguito.



22 — Mantón de lana blanca. Espalda. (Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 6 de la Hoja-Suplemento.)



21 — Mantón de paño eléctrico. Espalda. (Explic. y pat., núm. 11, figs. 7 á 10 de la Hoja-Suplemento.)



26 — Sombrero Reinold.



25 — Mantón de paño eléctrico. Delantero. (Explic. y pat., núm. 11, figs. 7 á 10 de la Hoja-Suplemento.)



23 — Mantón de lana blanca. Delantero. (Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 6 de la Hoja-Suplemento.)



21 — Manguito.

Confeccion de terciopelo. Núm. 33.

Esta confeccion es de terciopelo liso y terciopelo labrado. El corte es el de una visita; la manga sola es de terciopelo labrado. Por detras, tres pliegues gruesos guarnecen la espalda, van sujetos por debajo del talle y se prolongan formando tres pliegues gruesos encañonados. Fleco de felpilla.

CASTILLOS EN EL AIRE.

(CONCLUSION.)

«No hay duda — exclamé arrojando el libro sobre el velador; — si continúo media hora más tratando de resolver este enigma, acabaré por fingirme en la imaginacion alguna locura de las que yo acostumbro.... Afortunadamente, la realidad está cerca; y al decir esto, me levanté para saludar á mis amigas, cuyos ligeros trajes de seda oia crujir en la sala, y cuyos menudos pasos sentia aproximarse en direccion al gabinete.

Luisa y Elena entraron en el gabinete acompañadas de su prima. Como era natural, me fijé desde luego en la recién llegada, con una



27 y 28. — Traje de visita y de paseo. Delantero y espalda. (Explic. y pat., núm. 11, figs. 14 á 16 de la Hoja-Suplemento.)



29. — Traje azul.

30. — Traje encarnado.

31. — Traje para niños de 10 años.



32. — Traje de banquete.

33. — Confeccion de terciopelo. (A DEL HISTORIADOR DE LA HABANA)

insistencia que acaso pecaría de indiscrecion, pero que disculpaba en parte el interes que, aun sin conocerla, me habia inspirado.

Julia era alta, delgada, pálida y ligeramente morena. Tenia los pómulos acusados; la nariz, fina y aguileña; los labios, delgados y encendidos; las cejas, negras y casi unidas; la frente, un poco calzada, y el cabello, oscuro, crespo y abundante. Como aquella mujer he conocido muchas; pero ojos como los suyos, confieso que no habia visto jamas. Eran pardos, pero tan grandes, tan desmesuradamente abiertos, tan fijos, tan cercados de sombra misteriosa, tan llenos de reflejos de una claridad extraña, que, al mirarlos de frente, experimenté como una especie de alucinacion y bajé al suelo la mirada.

Bajé la mirada; pero aquellos dos ojos, tan claros y tan grandes, desasidos del rostro á que pertenecian, me pareció que se quedaban solos y flotando en el aire ante mi vista, como despues de mirar al sol se quedan flotando por largo tiempo unas manchas de colores ribeteadas de luz.

Repuesto del momentáneo estupor que me habian producido aquellos ojos extraños é inmóviles, estreché ligeramente la mano de Elena y saludé á Julia, cuyas facciones se iluminaron, por decirlo así, con una sonrisa, al inclinarse con lentitud la cabeza para devolverme el saludo.

Mi primera intencion, despues de saludarla, fué buscar la fórmula de alguna de esas galanterias de repertorio, para decir algo á propósito de la llegada de nuestra nueva compañera; pero al fijarme por segunda vez en su rostro, la sonrisa que lo iluminó un instante habia desaparecido, y me encontré con el mismo semblante impasible y con los mismos ojos parados y grandes, tan grandes, que, como vulgarmente suele decirse, le cogian toda la cara.

La frase ya hecha en la imaginacion se me antojó una vulgaridad; removí los labios sin acertar palabra alguna, y por segunda vez perdí el terreno. Aparté de la suya mi vista, y me puse á examinar, sin que me importase el examen maldita la cosa, uno de los dijés de la cadena del reloj.

Me habia propuesto espiar á aquella mujer, aquilatar su inteligencia por sus palabras, estudiarla como un fenómeno curioso, analizarla, en fin, seguro de que el análisis me daría por resultado el residuo que queda de todas; pero, por lo visto, me habia cogido la vez, se habia puesto en guardia, y atrincherada en su impasibilidad y silencio, parecia aguardar á oirme para juzgarme.

La idea de que aquella mujer pudiera formar de mí una opinion desventajosa comenzaba á preocuparme. Lo primero que me ocurrió fué buscar algunos recursos para salir airoso del paso; pero al mismo tiempo me acordé que cuando se piensa de antemano lo que se va á hacer ó decir, se tiene andada la mitad del camino para encajar una necesidad ó cometer una torpeza.

Afortunadamente estaba allí Luisa. Luisa, que en poniéndose á hablar charlaba hasta por los codos, que preguntaba y se contestaba á sí misma, que era capaz ella sola de mantener la conversacion en un duelo, que no dejaba parar un punto de atencion sobre cosa alguna, que, á cada momento traía un nuevo asunto al debate; y ésta, rompiendo el embarazoso silencio en que nos habiamos quedado, me rogó que me sentara y tratase á su prima con la misma confianza que á ellas las habia tratado siempre.

Nos sentamos: Luisa, junto al balcon del gabinete que se abria sobre el jardín de la casa; Elena, próxima al piano, por encima de cuyas teclas comenzó á pasear distraidamente los dedos, y Julia casi en el fondo de la habitacion.

Yo dejé, por un movimiento instintivo, la silla donde estuve sentado hasta entónces, y busqué con la vista una butaca. No sé cómo explicarme esta nimiedad; pero por primera vez de mi vida me ocurrió que, sentado en una silla estrecha y empinada, se está como vendido y haciendo una figura grotesca.

Una vez sentados, se comenzó á hablar de cosas indiferentes. Luisa, como de costumbre, sostuvo la conversacion en primera linea; Elena terció á menudo; yo aventuré muy pocas palabras, y á Julia no logramos arrancarle sino algun que otro rarísimo monosilabo. Confieso francamente que aquel desdenoso silencio me seguia preocupando lo que no es decible.

La presencia de Julia era como un obstáculo á la expansion natural entre nosotros. Yo me sentia con menos franqueza que de costumbre en una casa donde siempre la habia tenido de sobra; Elena parecia preocuparse de mi visible encogimiento, y Luisa, cansada de hablar sin que nadie le contestara, acabó por levantarse y descender las persianas del balcon para entretenerse en enredar por entre los hierros las guías de una enredadera que se encaramaba hasta aquella altura desde el jardín.

El sol se habia puesto: en el jardín se escuchaba esa confusa algarabía de los pájaros, tan característica de las tardes de estío; la brisa del mar, meciendo lentamente las copas de los árboles y empapándose en el perfume de las acacias, entraba á bocanadas por el balcon, inundando el gabinete en olas invisibles de fragancia y de frescura.

Las sombras del crepúsculo comenzaban á envolver todos los objetos, confundiendo las lineas y borrando los colores; en el fondo de la habitacion, y entre aquella suave sombra, brillaban los ojos de Julia como dos faros encendidos é inmóviles. Yo no queria mirarla; deseaba afectar su mismo desden, y sin embargo, mis ojos iban continuamente á buscar los suyos. Elena rompió al fin el silencio, exclamando:

—¡Qué hermosa tarde!

—Hermosísima —añadió yo maquinalmente, sin saber si quiera lo que decia, y sólo por decir algo; pero apenas pronuncié esta palabra, pensé que, despues de callar por largo espacio, no se nos habria ocurrido otra cosa mejor que hablar del tiempo; ¡del tiempo! esa eterna y antigua muletilla de los que no saben de qué hablar. Asaltarme esta idea, y volverme á mirar á Julia, todo fué obra de un instante.

No lo podré asegurar; pero á mí me parece que sus labios se dilataban imperceptiblemente, que se reia, en fin, su inteligencia de nuestras vulgaridades, y que aquella risa mental se reflejaba de un modo extraño en su rostro.

Desde que creí apercibirme de su muda ironía, fué ya

un verdadero suplicio para mí el verme obligado á responder á Elena, que comenzó á hablarme del canto de los pajaritos, de las nubecitas color de púrpura, de la poética vaguedad del crepúsculo, y otras mil majaderías de este jaez.

—¿Por qué no toca V. algo? —exclamé, dirigiéndome á mi sensible interlocutora, con el propósito de salir, por medio de una brusca interrupcion, del peligroso terreno de la poesia hablada.

Elena abrió un cuaderno de música, el primero que le vino á mano, con intencion, sin duda, de tocar cualquier cosa; la que antes se ofreciera á su vista.

—¡No nos faltaba más sino que hiciese el diablo que tropezara con un trozo de zarzuela para acabar de coronar la obra! —exclamé yo para mis adentros, mientras me disponia á escuchar lo más cómodamente posible.

Por fortuna, el libro era de música escogida, y Elena comenzó á tocar un wals de Beethoven; un wals de concierto, de una melodía vaga, de una cadencia indecisa, extraño en el pensamiento, más extraño aún en sus giros y sus inesperadas combinaciones armónicas. Cuando Elena hubo concluido de tocar, y la última nota se apagó en el aire, Luisa, que aún permanecia en el balcon arreglando las guías de las enredaderas, exclamó, dirigiéndose á su hermana:

—Tú dirás lo que se te antoje, me tratarás de zarzuela y de ignorante; pero yo te digo con toda verdad que no sé qué mérito tienen esas algarabías alemanas que dicen que es un wals, y que yo, por más que hago, no encuentro el modo de que pueda bailarse.

Al oír á Luisa, no pude ménos de sonreirme, y ántes de que Elena comenzase á explicarnos como entendia ella las bellezas de aquel género de música especialísimo, me volví hácia Julia para preguntarle á quemarropa:

—¿Y á V. le gusta este wals?

Ya no era posible eludir una contestacion categórica; ya era necesario que hablase, que diese su opinion sobre una materia delicada. «Un punto de apoyo, y levanto el mundo», decia Arquimedes. «Un dato sobre el carácter de esa mujer, y adivinaré el resto», exclamaba yo en mi interior, felicitándome por el expediente que habia encontrado para hacerla hablar.

Julia se sonrió una vez más con aquella sonrisa imperceptible que tanto me habia preocupado hacia un momento, y se limitó á contestarme:

—Entiendo muy poco de música.

El poco resultado de mi estratagema me puso de tan mal humor, que so pretexto de que la recién llegada necesitaria descansar de las fatigas del camino, abrevié la visita y me marché á la calle.

Necesitaba respirar un poco el aire libre, coordinar mis ideas, darme cuenta á mí mismo de lo que me estaba pasando. Luisa, al despedirme de ella, me habia encargado mucho que no dejase de buscarlas á la mañana siguiente, para dar un paseo por la orilla del mar. Aunque no me dijo nada de si asistiría Julia ó no á este paseo, yo supuse que, fatigada del viaje, no se encontraria de humor para madrugar tanto, y esta idea me animó á acudir á la cita.

Á decir verdad, tenia como miedo de volver á encontrarme frente á frente con aquella mujer sin que me diesen primero algunos pormenores sobre su carácter y su historia, y esto nadie podia hacerlo mejor que Luisa, que ya la habia calificado de original al anunciármela.

Aquella noche la pasé en claro, revolviendo en la fantasia tanto disparate, que apenas comenzó á azulear en las vidrieras de mi balcon la primera luz del día, salté de la cama, me vestí apresuradamente, y salí por las calles á esperar la hora señalada, paseándome al fresco y tratando de desechar las ideas absurdas que hervian en mi cabeza.

No sé cuánto tiempo anduve vagando de un lado á otro como un sonámbulo, hablando á solas y tropezando con todo el mundo; lo que puedo decir es que cuando llegué á casa de mis compañeros de temporada ya estaban vestidos y esperándome, segun me dijeron, cerca de una hora.

—Y la primita, ¿descansa aún? —pregunté á Elena.

—No tal —me contestó;—viendo que se retardaba la hora de salir, se ha decidido á levantarse para acompañarnos.

En aquel momento llegó Julia; parecia otra mujer; nada más ligero y elegante que su sencillo traje color de rosa; nada más fresco y gracioso que su sombrero de paja de Italia, cuyas anchas cintas de gro blanco se anudaban debajo de su barba con un gran lazo de puntas sueltas y flotantes. Estaba descolorida como el día anterior; pero sus facciones eran tan delicadas, que la luz parecia trasparentarse á través de ella.

Sus inmensos ojos, cuyas pupilas se dilataban desmesuradamente en la misteriosa sombra del crepúsculo, estaban entónces entornados, como defendiéndose de la deslumbradora claridad del día. En sus labios delgados y encendidos, en los cuales creí observar en mi primera entrevista una expresion irónica, brillaba una sonrisa tan ingenua é inocente como la de los niños cuando se rien durmiendo, porque, segun sus madres, ven pasar á los ángeles sobre su cabeza.

Esta inesperada transformacion echó por tierra todos los castillos en el aire que habia formado hasta allí, tomando por base su desdenoso ademán, su altivo silencio y la fantástica y extraña expresion de su rostro. Yo esperaba encontrar á la misma mujer impasible y misteriosa de la tarde anterior, y al ver á la Julia de la leyenda súbitamente convertida en una muchacha risueña, de fisonomía simpática y maneras aniñadas y graciosas, más bien que sereno y animado, me sentí nuevamente sobrecogido y temeroso.

Decididamente aquella mujer se habia atravesado en mi camino para confundirme y desesperarme.

Emprendimos nuestro paseo en direccion á la playa. Durante el camino hablamos de cosas indiferentes. Mi idea era hacer que Julia tomase parte en la conversacion de un modo indirecto. Para esto hice todo lo posible por no dirigirla la palabra, á fin de que no se trasluciera mi deseo de oirla hablar; pero este ardido no me valió tampoco. Casual ó deliberadamente, Julia no desplegó sus labios, á pesar de que en varias ocasiones vi que los movia con intencion

de pronunciar algunas palabras, y arrepiñándose ántes de decirlas.

Muchas veces, hallándome con personas que, bien por diferencias de carácter, de educacion ó de aspiraciones, estaba seguro que al decirles ciertas cosas que asaltaban mi imaginacion no habian de comprenderlas, me habia sucedido de pronto detenerme ántes de hablar, y guardando á mi vez un silencio que acaso parecia desdenoso. ¿Será que esa mujer crea que su inteligencia está tan por cima de la esfera vulgar en que nos agitamos, que no hay entre nosotros quien la pueda apreciar en lo que vale? Esta pregunta, que no pude ménos de dirigirme al ver frustrados todos mis planes, hirió mi amor propio, y sin saber por qué, me sentia confuso y humillado. No hay duda, dije, yo estoy combatiendo con armas desiguales; Julia me oye hablar de bagatelas y majaderías con sus primas, que, despues de todo, no son más que unas mujeres tan vulgares como todas, y desde lo alto de su superioridad me juzga, ó tan materialmente prosaico como Luisa, ó tan ridículamente sensible como Elena.

¡Oh, si pudiera hablarla á solas, si pudiera hacerla comprender que yo tengo dentro del corazon y la cabeza algo que no sé si es grande, pero de seguro no es vulgar!

En esto llegamos al término de nuestro paseo, que era un pequeño caserío blanco como la nieve y situado en una altura donde se dominaba parte de la costa y del mar, que se dilataba inmenso á nuestros ojos hasta tocar y confundirse con el cielo.

—Mire V. —me dijo Luisa, apenas hubimos llegado, señalándome con el dedo el horizonte; —¡mire V. qué cosas tan preciosas hace el sol en el agua! ¡Si parece que todo el mar está lleno de pedacitos de oro que van saltando!

—¡Qué hermoso es el mar! —exclamó á su vez Elena; —yo le digo á V. francamente que pasaria gustosa toda mi vida en este caserío, escuchando el murmullo del oleaje y respirando este viento, que parece que acaricia cuando pasa. En efecto, el espectáculo que se ofrecia á nuestros ojos era magnífico.

Yo tendí la mirada por aquel mar sin límites, y sintiéndome lleno de su inmensa poesia, estuve á punto de prorrumpir en un himno. Por fortuna, en aquel instante me asaltó á la imaginacion el recuerdo de Julia, y me pareció verla aún sonreírse, con aquella sonrisa irónica que tanto me habia herido en una ocasion semejante, y me contuve y fijé en ella la mirada para sorprender sus impresiones en la expresion de su rostro.

Julia se habia quitado el sombrero; parte de su cabello oscuro, descuidadamente recogido, flotaba á merced del aire. Su rostro habia sufrido una nueva transformacion; sus desmesurados ojos habian vuelto á abrirse de par en par; sus luminosas pupilas se habian dilatado otra vez, y su mirada flotaba sin fijarse en un punto, entre el vapor de fuego que cortaba el horizonte como una línea de oro.

¡Un himno al mar! ¡Necio de mí! ¡yo haber creido un momento que podia hacerse, que habia palabras bastantes! Pero no; el verdadero himno, el verbo de la poesia hecho carne era aquella mujer inmóvil y silenciosa, cuya mirada no se detenia en ningun accidente, cuyos pensamientos no debian caber dentro de ninguna forma, cuya pupila abarcaba el horizonte entero y absorbía toda la luz y volvia á reflejarla. Hasta que no las vi unas enfrente de otras, no se me revelaron en toda su majestad aquellas tres inmensidades: el mar, el cielo y las pupilas sin fondo de Julia. Imágenes tan gigantescas sólo podian copiarlas aquellos ojos. ¡Oh! —pensaba yo mirándola— ¡quién fuera un Dios para poder sentir bajo su frente las vibraciones de la inteligencia embriagada de inmensidad, de luz y de armonía!

Julia se mantenía aún inmóvil y en silencio; yo la contemplaba absorto, cuando Elena se le acerca, y sacándola de su éxtasis, le dijo con cierto énfasis:

—¿Y á tí te gusta el mar?

Yo creí que no contestaria. La pregunta aquella, dirigida á una mujer de sus condiciones, no merecia verdaderamente más contestacion que el silencio. Julia, en efecto, pareció dudar un instante; pero despues, tornando á sonreírse con aquella sonrisa extraña que le era peculiar, se limitó á responderle:

—Sí, me parece bonito.

¡Bonito el mar! ¡Qué inmensa ironía no revelaba esta frase! Al oirla, comprendí cuán pequeño me habria considerado al decirme la tarde anterior: «Yo entiendo poco de música.»

Despues que volvimos del paseo, busqué una ocasion de hallarme solo con Luisa. Yo no sé si estaba enamorado de Julia; pero la verdad es que su memoria me preocupaba tan hondamente, que ya era necesario á toda costa que yo la conociese, que supiese algo de ella; un día más en la incertidumbre en que me encontraba hubiera concluido por volverme loco.

Cuando vi á Luisa un instante separada de Elena, le dije francamente lo que me sucedia; le expuse mis dudas; le pedí por Dios que me sacase de aquel laberinto de confusiones en que me encontraba.

Luisa me escuchó con atencion, y cuando hubie concluido de referirle la historia de mis locas imaginaciones, me dijo con cierto aire malicioso:

—No se enamore V. de esa mujer; no se enamore usted, porque....

—¿Por qué? —la interrumpí yo.

—Porque seria V. muy infeliz. ¿No le dije á V. que era una mujer original?....

—Y bien —añadí —que no tiene nada de vulgar, ya se ve; pero lo que deseo que V. me explique es por qué parece como que nos desdena, por qué guarda ese silencio misterioso.

—Por una razon muy sencilla; porque su mamá, que es una señora de gran talento, la tiene encargado mucho que no hable delante de gente.

—¡Su mamá! —exclamé estupefacto, y sin comprender una sola palabra de aquella algarabía de Luisa; —¿su mamá! ¿Y por qué razon se lo ha prohibido?

Luisa se detuvo un momento como dudando al contestar.

tarme; despues, echando una mirada de reojo hácia el grupo que formaban Elena y Julia, para cerciorarse de que no podían oírlo, me dijo bajando la voz:

—Porque es tonta.

E. DE LUSTONÓ.

## LA VIDA REAL.

APUNTES PARA UN LIBRO.

XVII.

Luisa á Lucia.

Barcelona, Noviembre de 1876.

**L**úe fiel es mi corazón! Deseando estoy, desde que he nacido, que me engañe una vez para enfadarme con él; porque, hasta hoy, nada más me ha dicho que la verdad, y en esta ocasion ha hecho lo mismo que siempre.

Pero, en fin, respiro, porque ya te veo en seguridad despues de la borrasca de tu corazón: no ocultes tu pena, no quieras dominarla, sino gástala; habla de ella, y si no tienes con quién, hazlo conmigo, escribiéndome largas cartas, quejándote en ellas y llorando.

Yo soy tu amiga de corazón, de todo corazón, Lucia, y este lazo dulce que nos une desde la infancia me parece que se ha estrechado más desde que sé eres tan desgraciada: porque la amistad verdadera sabe entender y compartir todos los dolores, porque sabe consolar, ó á lo ménos llorar con la persona que sufre, que es tambien otro modo elocuente de consolar.

No te puedo explicar la aversion que profeso á ese vil marido, á ese galanteador de oficio, á ese Tenorio trasnochado, que ha venido á derramar tanta hiel en el lago cristalino de tu vida: si alguna vez el destino me lo pone delante, ha de oír de mis labios lo que jamas esperó oír de la boca de una mujer.

Ese digno señor debe pertenecer al gremio de maridos cansados, que es muy numeroso: hace algunos dias, me hallaba yo en una reunion de confianza, y un marido que mapiroseaba, mejor dicho, que *abejorreaba* por el salon, tuvo la mala ocurrencia de sentarse á mi lado y de empezar á decirme galanterias: como estaba tan encolerizada contra tu galanteador, me alegré de poder tronar contra *la clase* en la persona de aquel señor.

—Pero, amigo mio — le dije, empezando melosamente la paliza moral que me proponia darle — ¿se olvida V. de que está casado?

— ¡Ay de mí! — contestó con aire triste — ¡quisiera olvidarlo!

— ¿Por qué causa? digo, si no es indiscrecion....

— Nada de eso: la causa es muy sencilla; estoy cansado del matrimonio.

— ¡Figúrese V. que su mujer lo esté tambien!

— Ella no tiene imaginacion para cansarse — me respondió; — vive como un autómeta que es.

— ¿Y por qué se casó V., creyendo que era un autómeta su mujer? — le pregunté.

— Porque no lo conocí hasta despues de casado.

— ¿Fueron muy cortas las relaciones de V. con la que es hoy su esposa?

— No; duraron año y medio.

— ¿Y qué edad tenía V. cuando se casó?

— Cerca de treinta y dos años.

— De modo que en diez y ocho meses de tratar á una jóven y de verla todos los dias no pudo llegar á conocerla, y esto teniendo V. treinta y dos años de edad, y ella diez y nueve.... ¡Amigo mio, hay que confesar, ó que ella sabía fingir muy bien, ó que V. es sumamente torpe!

El hombre se vió algo confuso con mis sencillos argumentos, y á falta de razones, respondió, como es costumbre en semejantes casos, con una sandez.

— ¡Pues qué quiere usted! — dijo en tono compungido. — Yo estaba enamorado de mi mujer cuando me casé con ella, y ahora me aburre.

— Por más que V. crea lo contrario, acaso le suceda á ella lo mismo, y le suceda desde hace tiempo.

— Pues que se fastidie; ese es su deber.

— Y lo cumple: debe saber lo que yo sé tambien, aunque no me he casado nunca.

— Y ¿qué es?

— Que el egoismo de los hombres ha hecho un código en el cual sólo hay dos artículos, y los dos hablan con la mujer: ¿quiere V. que se los diga?

— Con mucho gusto — respondió mi adorador, cuyo entusiasmo iba menguando considerablemente.

— Pues oiga usted. Artículo primero, en el que el hombre se dirige á la mujer: «¿Te cansas de mí? Pues aguántame, porque yo no me canso de tí.»

Artículo segundo, que dirige el mismo á la misma: «¿Me amas? Pues aguántate, porque yo he dejado de amarte; estoy cansado de tí.»

Y así, amigo mio — continué con mi risita melosa y burlesca — como sé lo que son todos los hombres, yo me he fastidiado de V. desde el momento que me hizo la injuria de dirigirme ternizas, siendo casado con una mujer que usted no merece.

Tal ha sido la leccion que he dado á un necio, y tal la merecia; era un hombre que me era simpático, pero que las necias razones que me ha dado para explicarme su desvío conyugal me han parecido de tan baja estofa, que le he hallado ridiculo en el momento de oírlo. Sabido es que muchos defectos del carácter ó de la educacion sólo se conocen con el trato íntimo; pero ¿acaso el hombre es perfecto, y no descubre tambien vacíos más insondables que los de la mujer? ¿Por qué no ha de haber mutua tolerancia, y, sobre todo, por qué no educa el hombre con amor á su mujer para elevarla á la categoría de su amiga y de la compañera de su vida? Mi querida y poética Lucia, créeme; en el papel de marido hay grandes beneficios, pero tambien tiene inherentes algunas cargas, y una de éstas es

que ha de entender el oficio, no de pedagogo, sino de preceptor ilustrado y amable.

Ya ves, querida mia, que debes mirar friamente y sin exageraciones románticas la desgracia que te ha sucedido; despojándola de su idealismo, la aventura de tu Diego tiene bastante de ridicula. Ir su mujer á descubrirle y á acusarle de traicion ante la pobre muchacha que engañaba, es una cosa que tiene mucho de cómico. No llores, pues, mi amada Lucia, y deja á ese buen señor que dé el brazo á su mujer y se dedique al cuidado de sus niños; un papá no puede ser bueno y rendido amante; cuando el hombre llega á ser padre, ya no le está bien querer con la pasion *devoradora* que queria dedicarte; el padre ama á su esposa, á la madre de sus hijos, con ese cariño sosegado y entrañable, que hace de dos uno solo, y que está basado en la mutua estimacion.

Dedícate, ante todo, al cuidado de tu buena madre. ¡Ojalá que aún viviera la mia; qué dulce y grata compañía sería para mí! En esta época en que el respeto filial se va extinguiendo, es bueno que demos ejemplo constante de amor á nuestros padres, porque su amor es el único verdadero, desinteresado y eternamente fiel que existe en la tierra.

Arréglate en París una nueva vida con los despojos de tu vida de Madrid; sobreponete á tu pena, querida mia, porqué el objeto de ella no la merece absolutamente; trabaja, pero sin exceso; la ocupacion moderada es saludable al ánimo, pero la excesiva causa gran fatiga moral; no seas en nada extremada, y eleva tu alma á Dios, nombrándole, como yo, tutor y curador absoluto de tu vida. Verás que bien te va así, y cómo hallas, en vez de tutor, un tierno padre que dirigirá tu destino.

Veré si convenzo á papá para que me deje ir á pasar á tu lado un mes; si lo logramos, ¡qué ventura para las dos! ¿verdad Lucia? y si no, tendrémnos valor, y la pluma hará las veces de la conversacion; á falta de otra cosa, las cartas son un consuelo delicioso, porque para el alma no hay distancias.

Papá y mis hermanas os saludan afectuosamente á tu mamá y á tí, y te abraza con el alma — Luisa Vargas.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

## ÁNGELES Y BRUJAS.

(RELACION INFANTIL.)

I.

El teatro.

**H**RA la iglesia parroquial de Villahonda un monumento románico, macizo y pesado, en el que se habia prescindido por completo de la elegancia, para buscar únicamente el ideal de la solidez. Líneas rectas en los basamentos y capiteles; ninguna columna; pórtico sencillísimo, y sobre él la estatua de un santo, que debió representar á San Juan, pero que ya no era sino un trazado confuso donde todos los insultos del tiempo habian puesto su mano destructora. El cimborrio, poco elevado, donde refleja el sol sus últimos resplandores de la tarde, inflamando los coloreados cristales de la linterna, parecia envidiar la elevacion de la torre, que allá en las alturas sostenia tirada plática con las nubes, y las cantaba no sé qué enormes estrofas, con sus incansables lenguas de bronce. En los cuatro ángulos de la torre, sendos dragones berroqueños, con sus alas tendidas, montaban la guardia de honor de las alborotadas campanas, y semejaban mirar el infinito espacio á sus piés tendido, con sus pupilas, que, segun la fábula, despiden llamas y azufres. La puerta del templo, que al girar en sus jambas producía un chirrido desagradable, especie de aviso que algun invisible portero daba á los fantásticos habitantes de las inmensas naves, de que un sér extraño penetraba en ellas, era una artística pieza de hierro y de encina, si bien maltratada por los años y cubierta de herrumbre. En las hojas de esta puerta, una de las cuales sólo se abria en las grandes solemnidades religiosas, habiase esmerado la mano del artífice, tallando multitud de alegorias bíblicas y escenas sacadas de las Parábolas. — Las altas paredes de la iglesia, cubiertas de la sombra de la vejez, presentaban en algunos puntos rojos manchones y salpicaduras violáceas y cárdenas, á modo de sarna ú otra enfermedad vergonzosa del granito.

En las paredes de la torre descúbrense dos agujeros circulares, que desde léjos confunde la fantasia con los ojos negros de aquel gigante de piedra, ojos siempre abiertos, que exploran el país, como si la impaciencia de esperar á alguien que nunca llega les mantuviese en perpétua vigilancia. Por estos ojos, en las noches muy oscuras, sale un resplandor ténue, que aún cuando la soñadora mente se empena en que es el brillo de una retina fosfórica, no es sino la luz del candil con que se alumbraba el tio Basilio, el campanero, amén de algunas copas de vino tinto con que ayuda al cuerpo en el rudo oficio de voltear las campanas.

El tio Basilio.... pero ¿qué digo? El tio Basilio merece capitular aparte.

II.

El traidor y su sobrina.

Era el hombre más perverso de Villahonda y más feo del mundo. Aquella espalda corvada; aquella cabeza monumental, puesta al extremo de un cuello larguirucho como una calabaza en la punta de una pipa; aquellos ojos pequeños, verdes y procaces, á cuyos cristales parecia asomarse el alma de un demonio burlón é insolente, no tenían igual en muchas leguas á la redonda, como tampoco era empresa fácil hallar otro espíritu más miserable y contrahecho en toda la esfera terrestre. Pensábase, observando al tio Basilio, que cada arruga, corcova ó fealdad de la carne correspondia á otra deformidad del ánimo; cada paso de sus desgarradas piernas, á un traspié moral y á un mal propósito.

Así como Dios al crearlo feo le creó malo, al hacerle casado le dió una pareja digna de sus virtudes. La tia Requiesscat era una lengua de harpia en un cuerpo de Medusa, y merecia ser la esposa del campanero de Villahonda. Todo era, pues, congénere y adecuado en aquel tugurio de la torre donde vivian tio Basilio y tia Requiesscat, desde las negras paredes hasta los muebles viejos y hundidos que llenaban el inundo zaquizamí, nido de águilas habitado por mochuelos.

La curiosidad que nos inspiraron ambos personajes, y el deseo de referir su historia, nos han llevado á practicar minuciosas disquisiciones, de las que hemos sacado, entre otros datos, el de que á fines del mes de Junio de 1853 llegó á Villahonda, caballera en un jumento, cuya jáquima guiaba un arriero, cierta muchacha aún no entrada en años núbiles, que traía por todo equipaje una funda de almohada rellena de algun vestidillo ó par de enaguas y zapatos, y una carta con sobre, en que se leía el nombre del tio Basilio. Era sobrina suya, hija de un hermano que murió media semana ántes, y que dejando sola á la niña, se la encomendaba al tio Basilio, pidiéndole por Dios que no la abandonase á los duros frances de la vida. Consta asimismo de nuestros datos que el campanero leyó la carta sin derramar una lágrima; consultó á su mujer, y despues de un animado debate en refunfuños sostenido entre ambos, se expresó la tia Requiesscat en estos términos.

—Di, chica, que has nacido con suerte (¡y acababa de morir su padre!), pues llegas á puerta donde se albergan dos buenos corazones, que no han de consentir en que te mueras de hambre y frio. Tu padre ha obrado muy mal al mandarte á que te mantengan los que no te engendraron; pero ya que él fué imprudente, seamos nosotros benignos. Así, puedes decir que has hecho tu fortuna, pues acá vivirás como de la familia. Precisamente hoy habia encargado á tu tio buscara una mozueta que me ayudase á subir cántaros y al trajín de la casa.... conque, tú desempeñarás estas obligaciones.... porque yo me siento muy mala, y no estoy para el trabajo.

Y era verdad que la tia Requiesscat se sentia agobiada bajo el peso de una rara enfermedad, nacida indudablemente del abuso del vino y de su endiablado humor; cosas las dos que acabaran con la salud de una roca, cuanto más con la de flaco sér humano. Esta circunstancia, y no otra, decidió á la tia Requiesscat á admitir á la sobrina que, caída del cielo, le venia para cuidarla en sus dolencias.

Si.... caida del cielo, porque Leandrilla era un ángel con figura humana.

¡Qué rostro el suyo tan apacible, qué hermosos sus ojos, no ménos azules que el firmamento! El cabello, abundante y rubio, formaba sobre las sienas de la niña un encaramado moño de apretadas trenzas; la carita, redonda y animada, parecia despedir un fulgor angélico; la voz sonaba como deben sonar las músicas del Eden. En su presencia y á su lado experimentábanse ambiciones ignotas de bienes que aquí no es posible conquistar; nacianle alas al espíritu, y volaba, volaba, guiado por aquel ángel, y no sé dónde, muy léjos; más allá de las estrellas.

Habia cumplido Leandra los doce años; era alta, espigadita, con formas robustas, pero sin rotundez, mostrando en esperanzas los frutos de una juventud espléndida.

Causaba lástima verla en la fuente, soportando el cantarillo de encarnado barro, que la abrumaba con su pesadumbre, y aún más lástima contemplar cómo trabajosamente subia los doscientos escalones del revuelto y entornillado caracol de la torre con aquella carga en la débil cadera.

III.

Empieza el martirio.

La niña trabajaba cuanto podia. La tia Requiesscat conjugaba en el lecho el verbo latino que la sirvió de mote, y el tio Basilio, ó zarandeaba las campanas en el último piso de la torre, ó zarandeaba el vaso de vino en la taberna hasta que perdía piés y cabeza y empezaba él mismo á zarandearse, si no entregaba las costillas al suelo á la primera ese. En el caso de que esto último no ocurriera, á duras penas alcanzaba la altura de su domicilio, y cayendo y levantando, ascendia por la tortuosa escalera y entraba estrepitosamente en el chiribitil.

— Siempre en la cama — gritaba señalando con el dedo índice á su mujer, sin interrumpir ese clásico contoneo que produce la embriaguez — siempre entre las mantas.

— Alzate y trabaja, que lo que tienes sólo es pereza y vicio.

— Calla, borracho — solia contestarle la vieja con calma, propia de quien está acostumbrado á tales flores y carlins. — Yo estoy mala; si que lo estoy. Tu sobrina.... Leandra.... Esa es la que me ha hecho mal de ojo.... Picara, holgazana.... Cada dia me siento peor.... Me han echado una maldicion. Desde que vino á casa, que ántes era una balsa de aceite, se me metió *el malo* en el cuerpo.... Ese es el premio que concede Dios al que hace obras de caridad.... ¡Leandra, holgazana!.... Baja por un cubo de agua.... Mira, Leandra, acércame ese jarro.... Yo me malicio que pones algun veneno en las medicinas....

La pobre niña rompía á llorar amargamente, y se apresuraba á obedecer; pero su turbacion y amargura trastornábanla de manera, que equivocaba todo cuanto la pedían, lo cual era motivo de crueles reprimendas y fuertes porrazos que campanero y campanera le pegaban. ¡Pobrecilla! Un dia recibió en la espalda golpe tan fuerte del canalla de su tio, que rodó cerca de veinte escaleras y quedó sin sentido. Permaneció en la escalera, hasta que, vuelta en sí, el frio y el dolor de las heridas que sufriera la demostraron que no habian terminado sus desgracias, y subió á la habitacion para escuchar una atroz filípica, salpicada de bárbaros epitetos y palabras feas, porque ¡se habia estado en la calle jugando con los chicuelos de la vecindad! La infeliz Leandra cruzaba el sendero de la vida entre zarzas y matollales, que la mortificaban lastimosamente; pero era tan buena, que nunca experimentó deseo de venganza de aquellos ultrajes, ni manifestó de otra suerte su dolor que derramando lloro amarguisimo, en silencio.

Hay algunas personas cual Leandra. Para estas personas

hizo Dios el llanto, como hizo para otras la risa. ¡Triste repartición!

IV.

Más de cinco meses se cumplieron de la muerte del padre de Leandra, y ésta seguía en la torre, perdiendo de día en día aquella salud, aquellos colores y aquella robustez con que al principio la vimos. No iba mejor la tía Requiéscat, cuyo consumido cuerpo no era sino un montón de huesos encerrado en un saco de piel amarillenta y verdosa. Habíase enronquecido su voz, que nunca fué dulce y bien templada, y agrióse su carácter, que tampoco se tuvo jamás por sociable y afectuoso. En vano se aplicó cuantos remedios prescribe la terapéutica casera de ciertas gentes, desde colgarse al cuello un alfilerero que encerraba dos pares de lagartijas, hasta dormir tres noches con los brazos en cruz; en vano el tío Basilio apeló á la ciencia de su amigo, gran saluador y hábil curandero, el cual, tras detenido exámen y juicioso análisis de un pelo de la enferma, según es uso y costumbre entre los de su andariega facultad, resolvió que el demonio estaba en el vientre de la tía Requiéscat y no saldría ni á tres tirones de la habitación que había elegido; inútilmente, en fin, se llamó al doctor, que dispuso la privación del vino que la paciente usaba á grandes dosis. La tía Requiéscat declaró que el único hombre entendido en medicina era el saluador, que descubriera en un punto la causa de la postración en que ella estaba, determinando no apartarse de su querido jarro, antes bien, dispararle á la boca dos ó tres veces cada veinticuatro horas, con lo que si el diablo no tomaba el portante y se largaba á buscar ménos húmedo hospedaje, era preciso reputarle el mayor borracho del universo del mundo. El tío Basilio, por no ser ménos que su mujer, dióse también á la bebida, y en medio de este matrimonio, la desdichada niña pasaba las penas del purgatorio.

La tía Requiéscat mandaba á Leandra subir á la torre veinte ó treinta cántaros de agua, y la niña obedecía, resignándose á aquel mortal ejercicio. Dijérase que la endemoniada vieja tenía la manía del agua como la del vino; pero no hay tal, sino que el gusto de mirar á la niña angustiada de fatiga era el único que sacaba de su vil existencia.

—¡Tunanta!—la decía.—¡Holgazana! ¡Cuidado con subir los cántaros á medio llenar!..... ¿Quieres que los demás trabajemos para tí? ¿Quieres que todos los de la casa nos afanemos para que la princesa se tumbe á la larga? ¡Miren la señora Melindres! Anda por agua, que me has embrujado, y mientras no sane yo has de vivir en el mismo infierno.

Leandra adquirió, al cabo, la costumbre del silencio, la de la obediencia pasiva, y aceptaba aquella lenta muerte que la Providencia le ofrecía con el nombre sarcástico de vida.

J. ORTEGA MUNILLA.

(Se continuará.)

## REVISTA DE MODAS.

Paris, 10 de Diciembre de 1882.

«Todo el mundo no va á Corinto», dice un proverbio francés. Todo el mundo no puede ir á pasar el invierno en los deliciosos climas donde el sol sale siempre temprano, podríamos decir nosotros con más razón y oportunidad. Ese lujo se halla reservado á las golondrinas, á los ruiseñores y á los afortunados mortales á quienes ninguna ocupación ni obligación forzosa encadena al triste invierno parisense.

De lo cual resulta que multitud de personas de las más ricas y aristocráticas se han visto forzadas á regresar á este nebuloso y enlodado París, y que empiezan á consolarse dando muchos banquetes y no pocas sauteries de confianza, que nos conducirán lentamente á las soirées de recepciones con música y comedia, y á los grandes bailes.

La toilette de banquete es, por lo general, lo que se llama vulgarmente la demi-toilette: vestido corto ó semi-largo; corpiño un poco escotado. Este traje puede ser sencillo ó muy elegante, pero no debe confundirse de ningún modo con el vestido de baile. Tanto en uno como en otro caso, hay dos condiciones esenciales, que hay que tener muy en cuenta, á saber: el corsé y las enaguas. El vestido más elegante aparecerá desairado si se descuida cualquiera de estos dos puntos. Las medias colas, que vuelven á estar de moda este año, exigen un poco de sosten para muchas personas. Algunas, es cierto, prefieren llevar la tournure poco abultada; la falda, corta, enteramente ceñida, y la cola, separada sin ninguna clase de enagua sosten.

Este último estilo, en extremo elegante, no es accesible á todo el mundo, y sólo puede admitirse con telas muy lujosas, cuyos hermosos pliegues y sedosos reflejos no tienen necesidad de ningún artificio. Pero la segunda base de la toilette, como lo he dicho en varias ocasiones, es un corsé perfectamente confeccionado.

Actualmente, la última moda consiste en hacer el corsé de raso, sin forrar. El color de rosa, rosa té, salmon, paja, blanco crema y malva claro son los más de moda en soirées y bailes.

El negro y los colores zafiro, ámbar gris y

cobre se llevan en los trajes de calle, visita y paseo. De los mismos colores se hacen las brassières, de que he hablado en otras revistas, que carecen de ballenas, y que sirven, no para vestir, sino para sostener el talle cuando el corsé cansa ó oprime demasiado.

No hay nada más cómodo para las personas que no puedan resistir el corsé.

En cuanto á éste, es absolutamente necesario moderar la exageración de la moda, que le concede dimensiones excesivas en el sentido de la longitud, y demasiado pequeñas por lo que hace á su anchura.

Debo mencionar, por último, el corsé de tul doble, flexible y ligero para soirées dansantes, y que conviene principalmente á las personas de talle esbelto y delgado.

Como decía al principio de esta crónica, se piensa ya en los vestidos de baile. Prepáranse, para adornarlos, multitud de flores de las más nuevas y preciosas que es posible inventar.

Se disponen estas flores en forma de guirnalda, de ramos, de paniers, montados sobre tul grueso, y que se colocarán, preparados así, sobre el vestido.

Los pájaros se mezclarán con las flores. He visto últimamente unas golondrinas puestas sobre ramos de rosas, y colibris medio escondidos entre un ramaje de formas y colores de un efecto prodigioso.

Mientras llega la exhibición de esos portentos de elegancia, se principiará por las modestas rosas de Navidad, las crisantemas blancas, llamadas «penacho de Enrique IV», y finalmente, los espléndidos ramos de tulipanes de terciopelo de colores matizados. Estas flores, sobre todo las últimas, se llevarán con telas ligeras y claras, á fin de evitar toda clase de confusión, toda apariencia de imitación de los magníficos brocados de ramos grandes sobre fondo pálido.

A semejanza de los trajes de calle ó visita, los vestidos de baile formarán una mezcla de varias telas: sedas claras, lisas ó bordadas; bandas y túnicas de telas ligeras, y corpiño de seda clara ó oscura, como raso, terciopelo otomano, siciliana, terciopelo liso ó felpa.

Después de haber tomado al sexo barbudo el chaleco, la corbata y otras prendas más ó ménos varoniles para aumentar la elegancia de nuestros trajes, hé aquí que ahora hemos adoptado los sombreros de piel rusa, cuyo bonito color sienta bastante bien, principalmente á las jóvenes.

Cuando el empleo de esta piel se halla atemperado por una mezcla de terciopelo oscuro, es realmente lindísimo; pero un simple fieltro beige, forrado de terciopelo color de pensamiento y adornado de plumas color crudo natural, será mucho más femenino, y por consecuencia más gracioso.

Para teatro, se llevarán este invierno unas capotas de perlas, color crudo, puestas sobre fondos de terciopelo de colores pálidos, que sentarán muy bien. Irán adornadas con un simple penacho de plumas y unas bridas de cinta estrecha, anudadas sin caídas, á fin de no cubrir con un lazo demasiado voluminoso la abertura del corpiño. Como estamos en la estación en que se va mucho al teatro, hay que ocuparse de los trajes propios para este género de reuniones.

V. DE CASTELFIDO.

## EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.700.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª edición de lujo.)

TRAJES PARA NIÑAS Y NIÑOS.

Niña de 3 años. Traje marino de lana azul oscuro. Falda plegada perpendicularmente. Blusa-camiseta formando bolsa en la cintura. Cuello y carteras de las mangas de cachemir encarnado. Peto listado de encarnado y azul.

Niña de 8 á 10 años. Falda de surah encarnado, guarnecida de tableados estrechos. Vestido de cachemir encarnado, recortado en forma de lengüetas por su borde inferior. Estas lengüetas descansan sobre unos volantes tableados y llevan por encima un torzal de cinta encarnada, con un lazo grande en el costado. Cuello grande y carteras de terciopelo encarnado.

Niña de 6 años. Pantalón y blusa de paño musgo. La blusa va plegada perpendicularmente por delante. Cinturón de piel color gamuza.

Niña de 8 á 10 años. Vestido beige, guarnecido de volantes plegados. Abrigo de paño color de nutria, con cuello grande formando peto; carteras de bolsillo y de mangas, de terciopelo color de nutria. Brandeburgos de arriba abajo y por detrás en el talle. Sombrero húngaro de fieltro negro con copa redonda, con ala de pájaro.

Niña de 7 á 9 años. Peto plegado de seda azul oscuro. Vestido de cachemir del mismo color, recortado en puntas sobre la falda, que es también azul oscuro y va dispuesta en pliegues anchos. Este vestido, abierto sobre el peto, va guarnecido de un bordado de batista cruda. Cuello y mangas del mismo bordado.

Niña de 12 años. Vestido de siciliana color mostaza, con cuadros encarnados y azules. El borde inferior va plegado. Banda plegada de la misma tela, con lazo igual. Espalda plegada. Delantero de forma princesa.

Niña de 8 años. Traje Luis XV, de paño color de pan tostado. Calzon corto y chaqueta larga, adornada, con botones de acero. Medias azules. Corbata azul.

## PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Una moda bien enojosa es esa que nos obliga á erigir, por decirlo así, nuestros trajes sobre una armadura de hierro. Todas las tournures que se nos venden parecen hechas sobre el mismo molde, y, sin embargo, pocas mujeres se parecen en el aire y estructura del cuerpo.

Jamás se han puesto á nuestro alcance modelos tan inteligentemente hechos y que mejor se adaptan á todos los talles y á todos los grados de robustez, como los que expende la casa P. DE PLUMENT (33, rue Vivienne, París).

Recomendamos la tournure Protée, larga ó corta, á voluntad, es decir, hecha en dos partes. Si la queréis corta, es como una tournure ordinaria, que desciende hasta la mitad de la falda, bien acondicionada, que sostiene perfectamente la falda, y es muy cómoda para las toilettes corrientes; pero si deseáis una tournure completa, apeláis á la segunda parte, compuesta de una vuelta de falda completamente lista, con tres volantes de nansuk guarnecidos de bordados, que se abotona en torno de la primera parte. Es de una comodidad y de una sencillez superior á todo elogio: su precio es de 22 francos.

C. DE S.

## DÓSIS DE LOS MEDICAMENTOS.

En medicina, la dosis exacta es condición importantísima del éxito, y hay sustancia de admirable efecto que puede ser inútil y aun nociva si se cambia la cantidad prescrita. Felizmente no sucede así con el Hierro Bravais, el mejor de los tónicos, el reconstituyente por excelencia; pero no obstante, deseando rodear su producto de todas las precauciones imaginables, M. Bravais ha inventado un cuenta-gotas que acompaña á cada frasco del Hierro Bravais: es un instrumento de fácil manejo para todo el mundo; es como una estampilla, como una firma que garantiza la procedencia y pone en guardia al público contra la falsificación ó los productos similares.

PARÍS. Corsets pour les modes actuelles. M. mes de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

## PASTA EPILATORIA DUSSER.

Destruyendo los vellos que afean el rostro. Esta preparación, absolutamente inofensiva, rejuvenece y hermosea de una manera sorprendente. (1, rue J.-J. Rousseau, París.)

Los dolores de estómago, las digestiones difíciles, la anemia, se curan en algunos días con el ELIXIR GRÉZ con quina, coca y pepsina. (Medalla de los hospitales.) París, 34, rue de Bruyère y en todas las farmacias.

## VINAGRE DE TOCADOR

DE

# JEAN-VINCENT BULLY

67, calle Montorgueil, en París

MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES  
PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputación universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distinción y suavidad de su perfume, sino también á sus propiedades sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VINCENT BULLY ha adquirido, además, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiarlo.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO



VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, París).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

MADRID.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra.  
Impresores de la Real Casa.  
Paseo de San Vicente, 20.PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Nº 1700

Levy imp. Paris

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas, 12.ª pl.ª, Madrid.

Perfumeria de lujo, Suerlain, 15.ª r.ª de la Paz, Paris. — Caja Regente Bti y Coré, Ana de Austria de Mendocino de Vestido, 19.ª r.ª de Anber, Paris.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA